

PRIMERA LECTURA

Lectura del libro de los Números

21, 4b-9

En aquellos días,
el pueblo estaba extenuado del camino,
y habló contra Dios y contra Moisés:

- «¿Por qué nos has sacado de Egipto
para morir en el desierto?
No tenemos ni pan ni agua,
y nos da náusea ese pan sin cuerpo.»

El Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas,
que los mordían, y murieron muchos israelitas.

Entonces el pueblo acudió a Moisés, diciendo:

- «Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti;
reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes.»

Moisés rezó al Señor por el pueblo, y el Señor le respondió:

- «Haz una serpiente venenosa
y colócala en un estandarte:
los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla.»

Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte.

Cuando una serpiente mordía a uno,
él miraba a la serpiente de bronce
y quedaba curado.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El Libro de los Números (así llamado en la versión griega, por el hecho de que el libro comienza con una lista en la que se ofrecen los números de los miembros de cada tribu del Pueblo de Dios), presenta un conjunto de tradiciones, sin una gran preocupación por su coherencia y su lógica, sobre la estancia en el desierto de los hebreos liberados de Egipto. Son tradiciones de origen diverso, que los teólogos de las escuelas yahvista, elohista y sacerdotal utilizan con fines catequéticos.

En su estado actual, el libro está dividido en tres partes.

La primera, narra los últimos días de estancia del Pueblo de Dios en el Sinaí (cf. Nm 1,1-10,10); la segunda presenta, en varias etapas, el camino del Pueblo por el desierto, desde el Sinaí hasta la planicie de Moab (cf. Nm 10,11-21,35); la tercera, presenta a la comunidad de los hijos de Israel instalada en la planicie de Moab, preparando su entrada en la Tierra Prometida (cf. 11,1-36,13).

Más que una crónica del viaje del Pueblo de Dios desde el Sinaí, hasta las puertas de la Tierra Prometida, el Libro de los Números es un libro de catequesis. Pretende mostrar que la esencia de Israel es ser un Pueblo reunido alrededor de Yahvé y de la Alianza.

Con algún idealismo, los autores del Libro de los Números van describiendo cómo, por la acción de Yahvé, ese grupo informe de nómadas liberado de Egipto fue adquiriendo, progresivamente, una conciencia nacional y religiosa, hasta llegar a formar la "asamblea santa de Dios".

A lo largo del recorrido geográfico por el desierto, Israel va haciendo también un camino espiritual, durante el cual se va liberando de la mentalidad de esclavo, para adquirir una cultura de libertad y de madurez. El autor muestra cómo, por la acción de Dios (que está siempre presente en medio del Pueblo), Israel va progresivamente madurando, renovándose, transformándose, dilatando los horizontes, convirtiéndose en un Pueblo más responsable, más consciente, más adulto y más santo.

El episodio que hoy se nos propone nos sitúa en el desierto del Neguev, al sur de Palestina. Impedidos para atravesar el territorio de los edomitas (cf. Nm 20,14-21), los hebreos se dirigirán hacia el sur por el "camino del mar de Juncos" (21,4), rodeando la frontera de Edom, en dirección al golfo de Aqaba.

1.2. Mensaje

El autor de nuestro texto cuenta que el Pueblo, en marcha por el desierto, cansado por la larga marcha y cansado por un alimento siempre igual (el maná), expresó su enfado contra Dios y contra Moisés; y Dios, como castigo, hizo surgir serpientes venenosas que mordieron a los rebeldes y castigaron con la muerte la rebelión del Pueblo. Arrepentidos, los israelitas reconocieron su pecado y pidieron a

Dios que los perdonase. Dios ordenó, entonces, a Moisés que realizase una serpiente de bronce y la colocase sobre un estandarte; quien, después de mordido, mirase hacia la serpiente, se salvaría.

Detrás de esta extraña historia está, ciertamente, la asociación hecha por innumerables religiones del antiguo Oriente Medio entre la serpiente y la vida.

Entre los cananeos, por ejemplo, la serpiente estaba ligada a cultos de fertilidad y era objeto venerado en los lugares altos: esos cultos se destinaban a asegurar, cada año, la perpetuación de la vida, ya sea en los campos, en los animales, o en las propias personas. Por otro lado, el uso de amuletos con la figura de la serpiente servía para proteger de las fuerzas maléficas y para curar las dolencias y enfermedades (las excavaciones arqueológicas realizadas en Guezer, Meggido y en Meneiyeh, hoy Timna, muy cerca del golfo de Aqaba, han permitido descubrir numerosos ejemplares de estos amuletos).

En el Templo de Jerusalén llegó, incluso, a haber una serpiente de bronce a la que los israelitas prestaban culto, y que fue destruida por el rey Ezequías en el ámbito de una reforma religiosa destinada a purificar la religión yahvista (cf. 2 Re 18,4).

En opinión de algunos biblistas, esta historia podría hasta ser una narración etiológica (del griego "aitia", "causa", y "logos", "tratado". Una narración etiológica es una historia destinada a explicar una realidad actual, a partir de un acontecimiento localizado en un pasado más o menos remoto) creada para explicar el origen de esa serpiente de bronce del Templo de Jerusalén a la que los israelitas, durante algún tiempo, pidieron la vida y la protección contra las fuerzas maléficas.

Sea cual sea el origen de esta historia, la verdad es que la serpiente de bronce de la que habla nuestro texto es, para los israelitas, un símbolo de la bondad, de la misericordia y del amor de Dios por su Pueblo. Con ella el catequista bíblico nos dice que las rebeliones de Israel contra Dios y su rechazo a recorrer los caminos de fidelidad a la Alianza, nunca impidieron que Yahvé ofreciera a su Pueblo vida en abundancia, aunque Israel no se lo mereciera.

La serpiente de bronce levantada sobre un estandarte, a través de la cual Dios da la vida a su Pueblo y lo protege de las fuerzas destructoras contra las que se enfrenta a lo largo de su peregrinación por el desierto, va a proporcionar al autor del cuarto evangelio un buen símbolo para presentar la fuerza salvífica que se desprende de la cruz de Cristo, el Hombre levantado en lo alto para dar vida al mundo.

1.3. Actualización

- ✚ El camino realizado por los hebreos en el desierto no es sólo un camino geográfico, sino que es, también, un camino espiritual. A lo largo del recorrido, las dificultades del camino van ayudando a Israel a liberarse de una mentalidad mezquina, egoísta y cómoda y a adquirir una mentalidad más madura, más desprendida, más responsable, más consciente y más santa. A lo largo de ese recorrido, Dios está presente, interviniendo y actuando, demostrando al Pueblo

el sinsentido de ciertas opciones y de ciertas actitudes e invitándole a mirar más lejos, a ser libre, a no dejarse prender por las cadenas del egoísmo y de la esclavitud. El camino de los hebreos por el desierto reproduce el caminar que nosotros hacemos, todos los días, por la historia.

A lo largo de nuestro peregrinar por la vida nos dejamos llevar, muchas veces, por nuestra fragilidad, por nuestro egoísmo, por nuestra pereza, por nuestro miedo a arriesgar. E, instalados en nuestra comodidad, nos cerramos en nosotros mismos, contentándonos con valores efímeros y parciales y negándonos a mirar hacia adelante, a ir más allá, a elegir los valores exigentes, duraderos. Esta historia nos habla, con todo, de que Dios nunca abandona a su Pueblo en el caminar y que está siempre allí, ayudándole a captar el sinsentido de sus opciones equivocadas e invitándole continuamente a no detenerse en esa búsqueda de la vida y de la verdadera libertad. Necesitamos, por ello, estar permanentemente atentos a ese Dios que nos desafía, que nos educa, que nos indica el camino.

✚ La historia de la serpiente de bronce que proporciona vida y salvación al Pueblo de Dios muestra, de forma muy concreta, esa preocupación que Dios nunca dejó de manifestar, a lo largo de cada una de los pasos de la historia de la salvación, en el sentido de ofrecer a su Pueblo la vida en abundancia. Dios ama a su Pueblo con un amor sin límites y muestra ese amor con gestos concretos que proporcionan vida. No olvidemos nunca esta realidad: Dios nos ama y viene todos los días a nuestro encuentro para ofrecernos su amor y su vida. Normalmente, la acción salvadora de Dios no se manifiesta en gestos grandiosos, espectaculares, extraordinarios; se manifiesta en esos gestos sencillos que todos los días compartimos, en la amistad, en la solidaridad, en el esfuerzo por construir un mundo de justicia y de paz, en la lucha contra el sufrimiento y contra la miseria que roban la vida al hombre. Es necesario que aprendamos a ver la presencia de Dios que nos ofrece vida en abundancia en todo aquello que sucede de bueno a nuestro alrededor.

✚ Muchas veces el Antiguo Testamento habla de los "castigos" que Dios infringe a su Pueblo, tras su rebelión y pecado. Sin embargo, en la perspectiva de los catequistas del Antiguo Testamento, esos "castigos" no son una venganza divina contra las fragilidades del hombre, sino que son un método pedagógico, un medio al que Dios recurre para educar a su Pueblo y para hacerle comprender el sin sentido de ciertas opciones. Nosotros, iluminados por el Evangelio y por la visión que Jesús nos ofrece del Padre, deberíamos ir más allá y decir que el castigo no forma parte, en ninguna circunstancia, de los esquemas de Dios. A veces, nos enfrentamos con las consecuencias de nuestras decisiones erradas; pero el sufrimiento que entonces nos embarga no es un castigo de Dios. Dios nos ama con un amor sin límites y únicamente desea nuestra fidelidad y nuestra plena realización. El sufrimiento que resulta de nuestras opciones es el resultado lógico de construir nuestra existencia en el egoísmo y en la autosuficiencia, al margen de las propuestas de Dios.

Salmo responsorial

Salmo 77

V/. No olvidéis las acciones del Señor.

R/. No olvidéis las acciones del Señor.

V/. Escucha, pueblo mío, mi enseñanza,
inclina el oído a las palabras de mi boca:
que voy a abrir mi boca a las sentencias,
para que broten los enigmas del pasado.

R/. No olvidéis las acciones del Señor.

V/. Cuando los hacía morir, lo buscaban,
y madrugaban para volverse hacia Dios;
se acordaban de que Dios era su roca,
el Dios Altísimo su redentor.

R/. No olvidéis las acciones del Señor.

V/. Lo adulaban con sus bocas,
pero sus lenguas mentían:
su corazón no era sincero con él,
ni eran fieles a su alianza.

R/. No olvidéis las acciones del Señor.

V/. Él, en cambio, sentía lástima,
perdonaba la culpa y no los destruía:
una y otra vez reprimió su cólera,
y no despertaba todo su furor.

R/. No olvidéis las acciones del Señor.

SEGUNDA LECTURA

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 2, 6-11

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble en el cielo,
en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

La ciudad de Filipos era una ciudad próspera, con una población constituida mayoritariamente por veteranos romanos del ejército. Organizada a la manera de Roma, estaba fuera de la jurisdicción de los gobernantes de las provincias locales y dependía directamente del emperador; gozaba, por ello, de los mismos privilegios que las ciudades de la península Itálica.

La comunidad cristiana, fundada por Pablo, era una comunidad entusiasta, generosa, comprometida, siempre atenta a las necesidades de Pablo y del resto de la Iglesia (como en el caso de la colecta en favor de la Iglesia de Jerusalén, cf. 2 Cor 8,1-5), por quien Pablo tenía un afecto especial.

A pesar de estos signos positivos no era una comunidad profética. El desprendimiento, la humildad, la sencillez, no eran valores demasiado apreciados entre los altivos patricios que componían la comunidad.

En este marco es donde podemos situar el texto que esta lectura nos presenta. Pablo invita a los filipenses a encarnar los valores que marcaron la trayectoria existencial de Cristo; para eso, utiliza un himno pre-paulino, recitado en las celebraciones litúrgicas cristianas; en ese mismo himno, expone a los cristianos de Filipos el ejemplo de Cristo.

2.2. Mensaje

Cristo Jesús, nombrado al principio, en el medio y al final, constituye el motivo central del himno. Dado que los filipenses son cristianos, esto quiere decir que Cristo es el prototipo a cuya imagen están configurados y, por tanto, tienen la ineludible obligación de comportarse como Cristo.

¿Cómo es el ejemplo de Cristo?

El himno comienza por aludir sutilmente al contraste entre Adán (el hombre que quiso ser como Dios y le desobedeció, cf. Gn 3,5-22) y Cristo (el Hombre Nuevo que, al orgullo y rebelión de Adán responde con la humildad y la obediencia al Padre). La actitud de Adán trajo fracaso y muerte; la actitud de Jesús, trajo exaltación y vida.

En términos parecidos, el himno define el "despojamiento" ("Kenosis") de Cristo: él no afirmó con arrogancia y orgullo su condición divina, sino que aceptó hacerse hombre, asumiendo con humildad la condición humana, para servir, para dar la vida, para mostrar claramente a los hombres el ser y el amor del Padre. No dejó de ser Dios, pero aceptó abajarse hasta los hombres, hacerse su servidor, para garantizarles la vida nueva. Ese "abajamiento" llegó incluso a extremos de escándalo: Jesús aceptó una muerte infame, la muerte de cruz, para enseñarnos la suprema lección del servicio, del amor radical, de la entrega total de la vida.

Sin embargo, esa entrega completa al plan del Padre, no fue una pérdida ni un fracaso: la obediencia y entrega de Cristo a los planes del Padre, terminarán en

resurrección y gloria. Como consecuencia de su obediencia, de su amor, de su entrega, Dios hizo de él "Kyrios" ("Señor", nombre que, en el Antiguo Testamento, sustituía al nombre impronunciado de Dios); y la humanidad entera ("los cielos, la tierra y los infiernos") reconoce a Jesús como "el Señor" que reina sobre toda la tierra y que preside la historia.

Es clara la llamada a la humildad al desprendimiento, a la donación de la vida, que Pablo hace aquí a los filipenses y a todos los creyentes: el cristiano debe tener como ejemplo a ese Cristo, siervo sufriente y humilde, que hace de su vida un don para todos. Ese camino de cruz no conducirá, el ejemplo de Cristo lo garantiza, al aniquilamiento; sino que llevará al hombre, indudablemente, a la gloria, a la vida plena.

2.3. Actualización

- ✚ Los valores que marcaron la existencia de Cristo continúan sin ser demasiado apreciados en el siglo XXI.
De acuerdo con los criterios que presiden la construcción de nuestro mundo, los grandes "vencedores" no son los que ponen su vida al servicio de los otros, con humildad y sencillez, sino que son los que se enfrentan al mundo con agresividad, con autosuficiencia y hacen, lo que sea, por ser los mejores, aunque eso signifique no mirar los medios para situarse a la cabeza de los otros.
¿Cómo puede un cristiano (obligado a vivir inserto en este mundo y a ser competitivo) convivir con estos valores?
- ✚ Pablo tiene conciencia de que está pidiendo a sus cristianos algo realmente difícil; pero es algo que es fundamental, a la luz del ejemplo de Cristo. También a nosotros se nos pide, en este día en el que estamos invitados a contemplar la cruz de Cristo, que demos un paso al frente en el difícil camino de la humildad, del servicio, del amor: ¿será posible que, también en esto, seamos testigos de la lógica de Dios?
- ✚ El ejemplo de Cristo nos garantiza que el camino de la cruz, de la entrega, de la donación de la vida no es un camino de "perdedores" y de fracasados: el camino de la donación de la vida, conduce al sepulcro vacío de la mañana de Pascua, la resurrección. Es un camino que asegura la victoria y la vida plena.

Aleluya

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
porque con tu cruz has redimido el mundo

EVANGELIO

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 13-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo:

«Nadie ha subido al cielo,
sino el que bajó del cielo,
el Hijo del hombre.

Lo mismo que Moisés
elevó la serpiente en el desierto,
así tiene que ser elevado el Hijo del hombre,
para que todo el que cree en él
tenga vida eterna.»

Tanto amó Dios al mundo
que entregó a su Hijo único
para que no perezca ninguno
de los que creen en él,
sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó su Hijo al mundo
para condenar al mundo,
sino para que el mundo se salve por él.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Nuestro texto pertenece a la sección introductoria del Cuarto Evangelio (cf. Jn 1,19-3,36). En esta sección, el autor presenta a Jesús e intenta, a través de las aportaciones de diversos personajes que van ocupando sucesivamente el centro del escenario y declamando su texto, decir quién es Jesús.

Más concretamente, el texto que se nos propone forma parte de la conversación entre Jesús y un "jefe de los judíos" llamado Nicodemo (cf. Jn 3,1). Nicodemo fue a visitar a Jesús "de noche" (cf. Jn 3,2), lo que parece indicar que no se quería comprometer y arriesgar la posición destacada que gozaba en la estructura religiosa judía. Miembro del Sanedrín, Nicodemo aparecerá, más tarde, defendiendo a Jesús ante los jefes de los fariseos (cf. Jn 7,48-52). También estará presente en el momento en el que Jesús fue bajado de la cruz y colocado en el sepulcro (cf. Jn 19,39).

La conversación entre Jesús y Nicodemo presenta tres momentos.

En el primero (cf. Jn 3,1-3), Nicodemo reconoce la autoridad de Jesús, gracias a sus obras; pero Jesús cree que eso no es suficiente: lo esencial es reconocerle como el enviado del Padre.

En el segundo (cf. Jn 3,4-8), Jesús anuncia a Nicodemo que, para entender su propuesta, es necesario "nacer de Dios" y le explica que ese nuevo nacimiento es el nacimiento "del agua y del Espíritu".

En el tercero (cf. Jn 3,9-21), Jesús describe a Nicodemo el proyecto de salvación de Dios: es una iniciativa del Padre, que se hace presente en el mundo y en la vida de los hombres a través del Hijo y que se realizará por la cruz-exaltación de Jesús. Nuestro texto pertenece a esta tercera parte.

3.2. Mensaje

En el texto que se nos propone, Jesús comienza por explicar a Nicodemo que el Mesías tiene que ser "elevado", como "Moisés elevó la serpiente" en el desierto (la referencia evoca el episodio del camino del desierto al que se refiere nuestra primera lectura, cf. Nm 21,8-9). La imagen del "elevar" de Jesús se refiere, naturalmente, a la cruz, paso necesario para llegar a la exaltación, a la vida definitiva. Es ahí donde Jesús manifiesta su amor y muestra a los hombres el camino que deben recorrer para alcanzar la salvación, la vida plena (v. 14).

A los hombres se les sugiere que crean en el "Hijo del Hombre" elevado en la cruz, para que no perezcan sino que tengan vida eterna. "Creer" en el "Hijo del Hombre", significa adherirse a él y a su propuesta de vida; significa aprender la lección de amor y hacer, como Jesús, donación total de la propia vida a Dios y a los hermanos (v. 15). De esa forma se llega a la "vida eterna".

Después de estas afirmaciones generales, el autor del Cuarto Evangelio va a entrar en afirmaciones más detalladas. ¿Qué significa, exactamente, la cruz de Jesús? ¿Cómo puede la cruz generar vida definitiva para el hombre?

Jesús, el "Hijo único" enviado por el Padre al encuentro de los hombres para traerles la vida definitiva, es el gran don de amor de Dios a la humanidad. La expresión "Hijo único" evoca, probablemente, el "sacrificio de Isaac" (cf. Gn 22,16): Dios se comporta como Abraham, que fue capaz de desprenderse de su propio hijo por amor (en el caso de Abraham, el amor a Dios; en el caso de Dios, amor a los hombres). Jesús, el "Hijo único" de Dios vino al mundo para cumplir los planes del Padre en favor de los hombres. Para eso, se encarnó en nuestra historia humana, corrió el riesgo de asumir nuestra fragilidad, compartió nuestra humanidad; y, como consecuencia de una vida gastada luchando contra las fuerzas de las tinieblas y de la muerte que esclavizan a los hombres, fue apresado, torturado y muerto en una cruz. La cruz es el último acto de una vida vivida por amor, en donación y entrega. La cruz es, por tanto, la expresión suprema del amor de Dios por los hombres. Ella nos da la dimensión del inconmensurable amor de Dios por esa humanidad a la que quiere ofrecer la salvación (v. 16).

¿Cuál es el objetivo de Dios al enviar a su Hijo único al encuentro de los hombres? Es el de liberarlos del egoísmo, de la esclavitud, de la alienación, de la muerte, y darles la vida eterna. Como Jesús, el "Hijo único" que murió en la cruz, los hombres aprenden que la vida definitiva está en la obediencia a los planes del Padre y en la donación de la vida a los hermanos, por amor.

Al enviar al mundo a su "Hijo único", Dios no tenía una intención negativa, sino una intención positiva. El mesías no vino con una misión judicial, ni vino a excluir a nadie de la salvación. Al contrario, vino a ofrecer a los hombres, a todos los hombres, la vida definitiva, enseñándoles a amar sin medida y dándoles el Espíritu que los transforma en Hombres Nuevos (v. 17).

Fijémonos en este hecho notable: Dios no envió a su Hijo único al encuentro de hombres perfectos y santos; sino que envió a su Hijo único al encuentro de hombres pecadores, egoístas, autosuficientes, a fin de presentarles una nueva propuesta de vida. Será el amor de Jesús, a través del Espíritu que él nos dejó, el que transforme a esos hombres egoístas, orgullosos, autosuficientes y les enseñe una dinámica de vida nueva y plena.

En resumen: porque amaba a la humanidad, Dios envió a su Hijo único al mundo con una propuesta de salvación. Esa oferta nunca ha sido retirada; continua abierta y a la espera de respuesta. Ante la oferta de Dios, el hombre puede elegir la vida eterna, o puede excluirse de la salvación.

3.3. Actualización

- ✚ Juan es el evangelista sumergido en la contemplación del amor de un Dios que no dudó en enviar al mundo a su Hijo, a su único Hijo, para ofrecer a los hombres una propuesta de felicidad plena, de vida definitiva; y Jesús, el Hijo, cumpliendo el mandato del Padre, hizo de su vida un don, hasta la muerte en cruz, para mostrar a los hombres el "camino" que lleva a la vida eterna.

El Evangelio de este día nos invita a contemplar, con Juan, esta increíble historia de amor y a asombrarnos con el peso que nosotros, seres limitados y finitos, pequeños granos de polvo en la inmensidad de las galaxias, adquirimos en los esquemas, en los proyectos y en el corazón de Dios.

- ✚ El amor de Dios se traduce en oferta al hombre de vida plena y definitiva. Es una oferta gratuita, incondicional, absoluta, válida para siempre y que no discrimina a nadie. A los hombres, dotados de libertad y de capacidad de elegir, les compete decidir si aceptan o si rechazan el don de Dios. A veces, los hombres acusan a Dios por las guerras, por las injusticias, por las arbitrariedades que traen sufrimiento y muerte, que pintan las paredes del mundo con el color de la desesperación.

Nuestro texto es claro: Dios ama al hombre y le ofrece la vida. El sufrimiento y la muerte no vienen de Dios, sino que son el resultado de elecciones equivocadas hechas por el hombre que se obstina en la autosuficiencia y que prescinde de los dones de Dios.

- ✚ En este texto, Juan define claramente el camino que todo hombre debe seguir para llegar a la vida eterna: se trata de "creer" en Jesús.

"Creer" en Jesús no es una mera adhesión intelectual o teórica a ciertas verdades de fe, sino que es escuchar a Jesús, acoger su mensaje y sus valores, seguirle por ese difícil camino del amor y de la entrega al Padre y a los hermanos. Pasa por ser capaz de superar la indiferencia, la comodidad, los proyectos personales y por el compromiso por hacer realidad, día a día, las llamadas y los retos de Dios; pasa por expulsar el egoísmo, el orgullo, la autosuficiencia, los prejuicios, para realizar gestos concretos de donación, entrega, servicio que traigan alegría, vida y esperanza a los hermanos que caminan a nuestro lado.

La liturgia de la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz nos invita a recorrer, con Jesús, ese camino de amor, de donación, de entrega total que él recorrió.